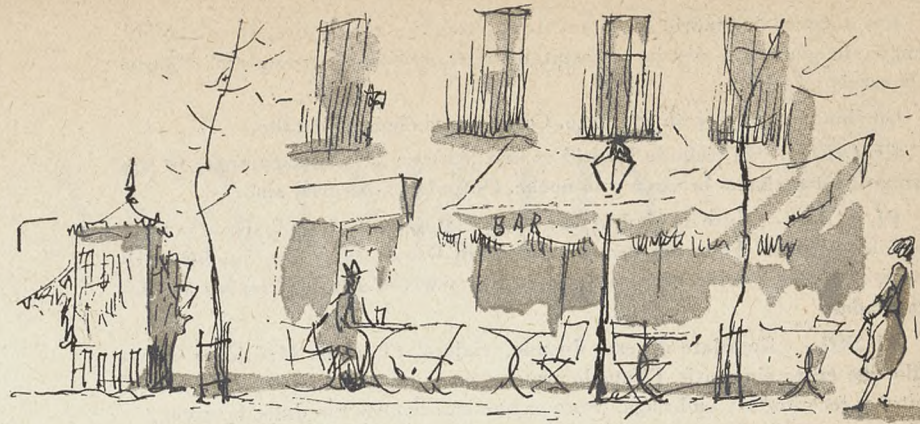


Los duendes de Madrid

POR
MANUEL LÓPEZ MARÍN



DE Madrid al cielo...», afirmación rotunda y categórica nacida en la entraña del pueblo, aunque más bien parece la afirmación de un forastero agradecido.

Efectivamente, Madrid es un «apeadero» de la Gloria. Para muchos que han llegado a Madrid y no han sabido marcharse nunca, más bien que un «apeadero» ha sido «parada y fonda».

No es un secreto para nadie que Madrid es una ciudad entrañablemente acogedora, simpática, amable, risueña, alegre y cordial. La ciudad de la eterna sonrisa para todo y para todos. Madrid no pregunta a nadie de dónde viene ni a qué. La curiosidad supone siempre un deliberado egoísmo y un premeditado cálculo, y Madrid no es egoísta.

En Madrid puede afirmarse, sin sombra de hipérbole, que no hay forasteros y si los hay duran exactamente el tiempo que tardan en trasladarse desde la estación o desde el aeródromo al hotel. Los únicos forasteros que hay en Madrid son precisamente los madrileños. Y vamos a explicar esta extraña y alarmante afirmación.

El madrileño es tan entrañablemente cordial con los que llegan de fuera, que extrema su cortesía y sus halagos en un generoso desprendimiento de cuanto es suyo.

Primero, el madrileño acoge al que llega con un caluroso saludo de bienvenida. Le invita después, en una obstinada teoría de agasajos. Le orienta, le guía, le acompaña, le aconseja. Más tarde cede su mesa. Y... lo dicho: cuando quiere darse cuenta de su recepción al forastero, el madrileño no tiene dónde sentarse.

Ahora deduzcan ustedes cuál es el forastero de los dos.

Por si este argumento nuestro pudiera parecer caprichoso, consignemos ahora el episodio en el que fué protagonista el que estas líneas escribe, madrileño por la gracia de Dios... y de sus padres.

En cierta ocasión, después de un almuerzo entre amigos, fuí invitado a dar un paseo en automóvil por un señor, a quien me habían presentado momentos antes del almuerzo. El caballero aludido me paseó por todo Madrid y se creyó obligado a darme detalles de los monumentos, calles y plazas de la urbe madrileña. Una elemental educación me obligaba a escucharle con la más exquisita cortesía.

—Este es el Palacio de Comunicaciones—me decía—. Ahora, por aquí vamos a la Castellana. ¡Verá usted qué paseo más hermoso y señorial! ¡Ah! Madrid es una ciudad muy seria... —fallaba con una ufana satisfacción.

Cuando me había paseado por todo Madrid, exaltándome sus bellezas, se creyó obligado a decirme satisfecho del supuesto servicio prestado:

—Bien. Pues ya conoce usted Madrid, aunque no haya sido más que fugazmente y a vista de automóvil.

—Le agradezco mucho su fineza, pero Madrid lo conozco desde que nací—le dije, con la mejor de mis sonrisas.

—¡Ah!... ¿Pero usted ya había estado aquí?

—Soy madrileño, señor.

—¡Caramba, hombre!... Haberlo dicho antes.

—Soy madrileño, como usted.

—No, señor; yo no soy de aquí. Yo soy de Lugo...

Este episodio pintoresco viene a remachar mi afirmación de que los forasteros en Madrid somos nosotros, los madrileños.

En otra ocasión tuve la traviesa curiosidad de saber cuántos madrileños había en una tertulia de más de cincuenta personas. Quedé abrumado. El único madrileño era precisamente el «curioso travieso»: un servidor de ustedes.

Para consuelo de nuestra minoría madrileña, tenemos el orgullo de contar entre nosotros, avecindado en Madrid, a un Premio Nóbel, que seguramente conocerán. Un tal Jacinto Benavente.

Teniéndole tan cerca de nosotros ya nos parece que no somos tan pocos y que no estamos tan solos, porque con él nos basta para suplir todas las ausencias.

Al hechizo de Madrid hemos de culpar el que gentes de todas partes hayan invadido nuestra naturaleza madrileña. Es una invasión a la que nos hemos sometido con mucho gusto. Aquí el que viene ya no sabe marcharse. Son innumerables los hombres de negocios que han venido a Madrid a ultimar un asunto... y el asunto ha sido quedarse a vivir en Madrid para toda la vida. Madrid seduce y encanta; somete y esclaviza.

Y es que Madrid tiene duendes, caballeros; ¡sí, sí, tiene duendes! Unos duendecillos que salen todos los días a la estación a recibir al forastero y le envuelven, le marean, le atontan. Y cuando le tienen así, le dejan en libertad. Una libertad condicionada, porque es entonces cuando el forastero está más atado a los duendes de Madrid, y ya no quiere marcharse.

No tengo inconveniente en descubrirles a esos duendes de Madrid, por si alguna vez se deciden ustedes a darse una vuelta por aquí. Conociéndolos, les será más fácil el defenderse de ellos, aunque mucho me temo que no puedan y, como tantos otros forasteros, se rindan y se sometan a esos duendes, que son invencibles, porque sus armas son el hechizo, el halago y la seducción, y ante estas armas no hay mortal alguno capaz de no claudicar.

Los duendes de Madrid son doce. Aquí están: el cielo, el aire, el sol, la luz, el agua, la sonrisa, la alegría, la hospitalidad, el desinterés, la simpatía, el garbo y la gracia.

Quedan presentados en conjunto. Conozcamos ahora el detalle.

EL CIELO.—El cielo de Madrid es una sinfonía azul transparente, en tres tiempos: La mañana, la tarde y la noche. Optimismo, alegría, amor.

EL AIRE.—El aire de Madrid no huele y embriaga. Es impalpable y se toca. Invisible y se ve. Tiene una transparencia tan limpia, tan pura, que las mariposas, después de volar por el aire de Madrid, vuelven a la flor con sus alas inmaculadas.

EL SOL.—¡Guárdate de este duende, viajero! El sol de Madrid es un viñillo que entra sin sentir. El que lo prueba una vez, ya no sabe dejarlo nunca. Entona, reconforta y embriaga. ¡Pero es una embriaguez tan dulce la suya...!

LA LUZ.—Esta luz madrileña enciende el cristal sobre el albo mantel que nos espera con el pan nuestro de cada día y se enreda en madejas sobre las copas de los árboles del Retiro.

Esta luz madrileña, única, innumerable en los crepúsculos de la Moncloa, ha sido, es y será quimera de pintores. Uno sólo supo domarla en su pincel: Velázquez.

EL AGUA.—Llega a Madrid (desde Lozoya, cumbres de Guadarrama) a través del Canal de Isabel II, el agua incomparable madrileña, de las mejores del mundo y categóricamente la mejor de España. Limpia, fina, suave, caricia de la piel, secreto y clave del cocido madrileño. Aliada de todos los jabones, color, frescura y matiz del cutis de la mujer de Madrid. Medicina para los estómagos frágiles, golosina para el paladar sediento. Alegría del botijo... Agua de Madrid, que alimentas, embelleces y curas. Que mojas por donde pasas y te evaporas sola si no te secan... ¡Que Dios te guarde, agua de Madrid!

LA SONRISA.—Madrid se despierta con una sonrisa y se duerme con otra.

Son dos sonrisas dulces. Dos terrones de azúcar. Uno, para el desayuno y otro, para la cena... Madrid va siempre a todas partes con una sonrisa en la solapa.

LA ALEGRÍA.—Este es otro duende hechicero de Madrid. En las calles de Madrid suenan siempre unos misteriosos cascabeles. Alegría contagiosa, que no deja sitio a las preocupaciones. Si quieres defender tu seriedad o tu tristeza, no andes por las calles de Madrid, forastero; porque te dejarás en una esquina las dos cosas.

LA HOSPITALIDAD.—«¡Pase usted, señor! Siéntese, tenga la bondad. Aquí, al lado del radiador, que estará usted mejor. Deme el sombrero y el gabán, haga el favor. Yo se lo pondré en el perchero. ¿Un cigarrito?... ¿Ya ha tomado usted café?... Entonces una copita de coñac.

—¡Muy amable!... ¡Muchas gracias!... Pues yo venía...

—Bueno. Tómese la copa de coñac. Ahora hablaremos.

—Es que usted no me conoce.

—Y eso qué importa. ¡Ande, beba!...»

EL DESINTERES.—Todos los días llegan trenes a Madrid que nos traen forasteros de todas partes. A nadie se le pregunta de dónde viene ni adónde va. Ni una mirada de recelo; ni una pregunta indiscreta. Ese forastero puede venir a traer algo... o a llevárselo. Es igual. ¡Pase usted, amigo! Está usted en su casa.

LA SIMPATÍA.—Otro duende poderoso de Madrid, que prende al que llega y ya no le suelta hasta que le dice adiós desde el andén de la estación. En Madrid son simpáticos... hasta los perros, que le siguen a usted sin conocerle. La simpatía madrileña es una red en la que caen cuantos nos visitan. Es una simpatía fácil, sencilla, natural. Y es así porque el madrileño no sabe que es simpático. Nace, como nace moreno o chato.

Pregúntele a un madrileño por una calle cualquiera. Seguramente no se limi-

tará a indicarle dónde está esa calle, sino que le acompañará hasta ella, envolviéndole a usted en su simpatía.

EL CARBO.—Está en la modistilla, en la dependienta de los almacenes X; en la mecanógrafa, en la telefonista del hotel, en la doncella que entra el desayuno... En el tranvía, en el Metro, en el teatro, en el cine. No tiene hora fija ni fecha. Es de todos los días y de todas las horas.

Bien. ¿Pero qué es garbo? Pues verá usted... El garbo es... Bueno, mire, será mejor que se de una vuelta por Madrid y lo sabrá.

LA GRACIA.—Madrid tiene golpes de gracia. Son golpes que no duelen. La gracia de Madrid es flúida, ágil y espontánea y va desde el «botones» del hotel hasta el consejero de un Banco, pasando por esa gracia de los barrios bajos madrileños, donde en las broncas se apedrean con chistes y frases de ingenio.

Tampoco sabe Madrid que tiene gracia y por eso su gracia tiene la realidad de lo espontáneo. Madrid se ríe y hace reír. La gracia madrileña ha dado la vuelta al mundo y ha sido traducida a todos los idiomas. Gracia popular y aristocrática. Debajo de una blusa y de un «smoking». El golfillo madrileño es un alerta constante de ocurrencias graciosas. Y el señorito del «Ritz», un alarde de ingenio y de gracia cultivada.

Madrid tiene un celofán, en el que envuelve y guarda a sus forasteros: la gracia.

Y éstos son los doce duendes de Madrid, de los que tiene usted que defenderse, señor, si viene por aquí algún día.

Si no observa mi noble y leal advertencia, será cosa de ir buscándole un piso para que se quede a vivir aquí. Podía haberme callado y, ¡qué caramba!... Un forastero más qué importa al mundo. Pero he preferido descubrirle a esos duendes, para que evite la curiosidad de asomarse a la capital de España. Mi descubrimiento es tan completamente desinteresado, que ni siquiera espera su agradecimiento. Con que me haya usted acompañado hasta aquí, me doy por pagado y satisfecho.

Madrid, y este madrileño, somos así, señor,

